



Fotografía: Lorena Martínez

Lazos educativos para entender la animalidad

Javier Reyes Ruiz y Elba Aurora Castro Rosales

Maestría en Educación Ambiental de la Universidad de Guadalajara | Guadalajara, México
 reyesruiz7@hotmail.com
 elba.castro@academicos.udg.mx

Introducción

El presente texto tiene el propósito de invitar a repensar la relación entre el animal humano y los animales no humanos. Se trata de un abordaje breve y sin la pretensión de siquiera dibujar la profundidad del debate que se ha venido dando, desde décadas atrás, en el naturalismo, el ambientalismo crítico y la filosofía denominada posthumanista. Nuestra invitación es a explorar un giro que no tiene plenamente definido el rumbo y que presenta complejas aristas de reflexión, pero cuya urgencia e importan-

cia no puede negarse en un mundo que exige cambios profundos, entre ellos, en la relación entre los humanos y los animales no humanos, que es un asunto nada marginal en el futuro de la vida en el planeta.

La relación entre los humanos y los animales no humanos (ANH)¹ se hunde en el tiempo (así lo evi-

¹ Bruno Latour emplea el término "no humano" ante la actual falta de uno mejor e insiste en que su incorporación a un pensamiento más integrador conlleva a resignificar "lo social", de manera que no se restrinja a lo humano. Esto, debido a que en la dinámica de la vida no existe una esfera en la que la humanidad no se vincule con otros seres vivos y con las denominadas

dencian las pinturas rupestres) y en ella se han amasado contradicciones profundas. Por un lado, para algunas culturas el resto de los animales ha sido motivo de admiración, romanticismo, agradecimiento, cariño, sublimación o veneración; para otras han sido objeto de encono, desvaloración, explotación, dominación, fobia o desconfianza. Desde luego, dependerá de la especie, pero en el actual balance, un importante porcentaje de los *animales salvajes* está en peligro de extinción porque se dobla sobre ellos la sombra de la persecución y el deterioro de sus hábitats: *los de producción*, sobre todo alimentaria y farmacéutica, sufren la cotidiana pesadilla por ser objeto de explotación, martirio y muerte; y *los domésticos* son objeto de afecto (hasta el surrealismo) o de abandono y agresión (hasta la infamia).

De una u otra manera, las tres categorías, aunque en distintos niveles, han sido una abundante mina viva para maquinar capital; dinero que se presenta como fruto vivo, pero que nace de raíces y tallos muertos. El proyecto civilizatorio urbano-agro-industrial, y su sofisticado aparato tecnocientífico, ha cosificado la vida de los animales no humanos y ha intensificado su usufructo con la intención primaria de seguir alimentando al mercado. Esto no significa que antes del capitalismo no se asumiera la superioridad humana y la dominación sobre el resto de los animales; sin embargo, con las enormes capacidades tecnológicas actuales esta situación se ha acentuado de tal manera que el sufrimiento y la muerte de los animales no humanos se fue convirtiendo en un asunto de enorme intensidad, a gran escala y en lucrativos negocios de muy diversa índole.

La obsesión por las diferencias

Los humanos, más allá de ciertas creaciones culturales (cine, literatura, leyendas, esculturas, música)

han impulsado, especialmente bajo la influencia del pensamiento predominante de Occidente, expresiones en las que, con cierta frecuencia, está presente una relativa idealización del resto de los animales, pero debajo de la alfombra se esconde la convicción de la superioridad humana y el consecuente derecho a administrar la vida de las demás especies.

Ninguna manifestación animal, por más impresionante o increíble que parezca, es considerada mejor que las creaciones humanas, porque domina la convicción de que la naturaleza es inferior a la cultura. Esta postura se encuentra anclada en la supremacía del humano (“la creación perfecta de Dios”), entendida como “especismo antropocéntrico” (este concepto es polémico por su clara referencia biologicista), el cual se sustenta en el principio de que la humanidad tiene el derecho de dominar al resto de los animales. De una u otra manera, el humano moderno siente que el planeta se puede doblar en cuatro para guardárselo en la bolsa, incluyendo a las otras formas de vida.

Hoy, en medio de la emergencia planetaria derivada del cambio climático, de la pérdida de biodiversidad y de la contaminación del agua, entre otros factores que implican ir subiendo los escalones que llevan a la muerte, el sueño humano de la eternidad se ha reducido a, si acaso, llegar al próximo siglo. En tal contexto salta una pregunta: ¿será el modo humano el más correcto para vivir?

Dar respuesta a tal cuestionamiento no es tan fácil cuando el humano, con su soberbia y su frágil identidad, se mira a sí mismo y se convence de que a su alrededor y a su espalda no hay nada que valga tanto la pena como él mismo. En consecuencia, al intentar encontrar su esencia, los humanos tomaron al resto de los animales como elemento contrapuesto para buscar un rostro propio y autodefinirse a partir de la diferencia, especialmente en el pensamiento occidental. Así, a los ANH se les ha entendido como *los radicalmente otros*.

Esta larga tendencia por marcar distinciones, en la que *esos otros* concentran las limitaciones y lo ne-

cosas; más bien, se da una intensa y variada relación entre todos los elementos que componen el mundo y en donde lo humano no es lo central.



Fotografía: Sayri Karp

gativo, ha llevado a muy distintas áreas del conocimiento, entre ellas la filosofía, a señalar que los ANH no tienen conciencia de sí mismos, ni de la vida ni de la muerte; carecen de alma o de espíritu que les permita percibir y buscar la trascendencia; son incapaces de comprender el significado del destino y de elaborar planes a futuro; no tienen capacidad de raciocinio, por lo tanto, de ideas y de pensamiento lógico-matemático; no construyen símbolos ni cultura; carecen de lenguajes o éstos son muy rudimentarios; no poseen organización social; no tienen la capacidad de reír y llorar; están privados de la complejidad de los sentimientos, y por lo mismo se les ha considerado como máquinas insensibles en cuyo repertorio frente al mundo no caben la tristeza, la nostalgia, el sufrimiento, la angustia, el gozo, el pesimismo... No conocen la empatía, el pudor y la vergüenza; son incapaces de morir (o de matar) por sus convicciones o creencias; no pueden configurar el mundo, sólo comportarse en él; no son dueños de sus actos; carecen de capacidad de juicio; no pueden asumir deberes y, por lo tanto, tener derechos. De esta manera, los animales, denominados despecti-

vamente *bestias*, han sido y son muy útiles para ver agigantada la autoimagen humana.

Tales limitaciones y defectos, nacidos de la aplicación de criterios que no valoran las características propias de los ANH, conduce a percibirlos como seres carentes, alejados y hasta prescindibles en la trama de la vida. En contraste, poco se ha pensado en diferencias que favorezcan a los animales no humanos. Por ejemplo, y sólo como eso: desprovistos de preocupación por la palabra; de culturas que repriman su naturaleza; de la aflicción y del aburrimiento existencial; de la esclavitud de la acumulación; indiferentes a la idea de ponerle orden al mundo; sin la necesidad de huir con distracciones de su propia sombra existencial; además, incapaces de autodestruirse en su lucha por la sobrevivencia y capaces de vivir sin mandamientos ni ideales que los sometan; de no abrazar una jerarquía universal que los haga sentirse superiores o inferiores. En resumen, los ANH cuentan con la plena libertad de ser ellos mismos. Por eso el gato duerme 16 horas, el lobo mata para alimentarse y el cóndor se suicida si se queda ciego. Sin permisos, sin penas ni códigos



Fotografía: Andrea Citlalli Marichal González

morales. Permiten que sea la vida la que se imponga y no ser ellos los que la intenten someter. De ahí, quizá, la defensa acérrima que hacen de su vida no sólo es mero instinto, sino convicción de que vivir vale la pena.

La negación de las similitudes y del aprendizaje

Cabe insistir en que, en un grado nada despreciable, los humanos se han autodefinido a partir de su comparación con los ANH, poniendo el acento en las diferencias y no en la complementariedad. Incluso, con frecuencia se enfatiza más el distanciamiento, al querer conocerlos y respetarlos, pero señalando con énfasis que no es posible *humanizarlos*, más como un principio para evitar cualquier indicio de aproximación a empatizar que como una verdad de Perogrullo.

El giro que se propone en la relación entre ambos implicaría, por un lado, no ceñirse a lo distinto, sino poner también en primer plano las características compartidas y, por otro lado, superar la cosificación

o la valoración utilitaria de los ANH. Lograrlo no será fácil, ni cultural ni económicamente, pero en medio de la profunda policrisis urge una renovación profunda de lo que hoy vivimos.

En esta línea, aceptar que en el mundo existe un permanente flujo de muy distintas fuerzas que cotidianamente lo construyen, conllevaría a comprender y valorar los aportes indispensables que los animales no humanos brindan al sostenimiento de la vida y conduciría también a entenderlos como compañeros con los que compartimos la huella de lo viviente, y no como aditamentos extirpables. Ello permitiría reconocerles atributos que hasta ahora se han pensado exclusivamente humanos, como es el caso de la subjetividad (mirar al mundo desde su propia perspectiva), de la personalidad (plantarse frente a él con su propia individualidad), de la expresión de su interioridad a través de los ojos y del cuerpo, pues no son logocéntricos (no es el discurso lo que los relaciona con el mundo) como lo es el humano.

La sola idea de tratar de pensar en estas posibilidades de la vida animal nos posiciona en un sitio

muy distinto desde el cual hemos percibido tradicionalmente al abanico de especies de ANH. Es por ello que los campos científicos que estudian a los animales también requieren de este giro para ya no refrendar la “normalidad” en el trato a los animales, la cual se replica con cada generación.

Conceptos claves para el giro en la relación con los animales

No son nuevos, aunque sí marginales, los intentos por asumir que los animales no humanos ocupan un lugar en la naturaleza que no es inferior, ni mucho menos subordinado, al ser humano. Por fortuna, el actual esfuerzo por propiciar el giro aquí referido se ha venido alimentado por recientes descubrimientos de la ciencia, de tal manera que la frontera que marca las diferencias entre la humanidad y los ANH se está haciendo porosa. Lo que hoy sabemos de ellos nos obliga a pensar en nosotros como un espejo, de ahí que estos nuevos concimientos no pueden amarrarse a la indiferencia y menos al olvido.

Así, en la literatura sobre el tema se vienen proponiendo una serie de conceptos que contribuyen a repensar el vínculo referido. Sin el espacio para ahondar en ellos, además de que la Internet ofrece buen material al respecto, incluimos a continuación una muestra de tales conceptos ligados al pensamiento ambiental, aunque algunos de ellos se emplean también en las ciencias sociales y políticas.

Biofilia (Erich Fromm) pone énfasis en que no basta el amor a lo humano; se requiere el amor a la vida en su conjunto, a su fenómeno integral. Muy relacionado con esta idea está el *biocentrismo* (Arne Naess), que plantea que todo ser viviente tiene un valor intrínseco. Existe también la propuesta de la *Democracia de la Tierra* (Vandana Shiva), que enfatiza la necesidad de romper la dicotomía naturaleza/cultura al reconocer una interrelación indisoluble entre ambas, lo que propicia un vuelco en la manera de entender a los animales y a la vegetación. Por su parte, el *igualitarismo radical* implica reco-

nocer que todas las especies forman parte de la compleja trama de la vida. *Igualdad básica de valor o igualdad de la dignidad* (Lizbeth Sagols) hace referencia al derecho que tiene, en principio, todo organismo vivo a ser valorado y a seguir existiendo; con ello no se niegan, sería ingenuo hacerlo, las obvias diferencias que dan lugar a la diversidad: se trata, en cambio, de una igualdad que no permitiría relaciones de posesión y dominio. Otro concepto es el de *persona no humana*, figura ética y jurídica con la que se busca ampliar los derechos de algunas especies animales, dado el reconocimiento de sus capacidades cognitivas y emotivas. Si bien hay coincidencias entre todas estas propuestas, por ejemplo la preocupación por el sufrimiento animal, los planteamientos están lejos de ser idénticos, aunque más temprano que tarde terminan por abonar a la reflexión sobre la ética ambiental.

Bajo la luz de las ideas anteriores no se sostiene que humanos y ANH son absolutamente iguales, salvo ciertos radicalismos; más bien se enfatiza que lo que une y distingue a ambos es mucho más complejo de lo pensado hasta ahora. Es decir, no se asume la igualdad absoluta, ni aún en culturas originarias que colocan a los ANH no sólo en sintonía, sino en equidad en el derecho a vida. Pero el que dicha equidad no se asuma, no es justificación para que se esparza el polen de la desmesura que propicia el comportamiento colonialista, despótico, cruel o abusivo del humano hacia el resto de los animales.

La fascinación de azotarlos con el desprecio, la amenaza, la depredación, ha ido arrinconando a los animales en las cavernas del miedo y llenando viejas y nuevas páginas de alaridos atávicos. Eso no significa que ignoremos su evolución y su habitar en los contextos más silvestres y pretendamos una mayor cercanía física; por el contrario, esa intención reafirmaría un innegable afán de superioridad, y una falla de la cultura que no ha desarrollado el respeto y el conocimiento suficientes sobre la vida de los animales silvestres.

Resulta innegable la urgencia de llegar a mínimos acuerdos, pues de seguir debatiendo por déca-



Fotografía: Miguel Vásquez Bolaños

das si darle derechos a un simio conllevaría a dárselos a una vaca, y si se le da a ésta por qué no a un zorro o a una rata, quizá las decisiones llegarán muy tarde en función de la amenaza que sufre la vida en el planeta. Construir una filosofía integradora, como lo es la vida, y no jerarquizadora, como es la cultura dominante, es un camino que resulta indispensable recorrer a paso tan resuelto como presuroso.

La educación y los animales no humanos

La educación formal le ha dado continuidad al pensamiento esclerotizado hacia los animales que despliega sin pudor la cultura dominante. Su manera de abordarlos es superficial, atomizada, sin contexto y poco significativa. La ausencia de la reflexión sobre el sentido existencial de los ANH hace que su abor-

daje se remita al concepto ecológico (el ecosistema que habitan, las especies y sus características...), al dato curioso o a la anécdota simpática, en el mejor de los casos. El conocimiento científico situado, los sentimientos y el vínculo espiritual con los ANH resultan indispensables en el currículo para avanzar hacia la comprensión, el compromiso y el comportamiento que le dé prioridad a la vida.

Una función central de los procesos educativos es contribuir a pensar las tradiciones que es necesario romper y las que conviene mantener, sin dejarse llevar por la inercia, además de formar para la crítica constructiva. En el tema de la relación con los ANH, ello resulta imprescindible, sobre todo en el marco de una ética que explícitamente busque el desarrollo de las posibilidades del bien, tanto para la humanidad como para los animales no humanos, cuestión que no está en las prioridades de la formación escolar.

Es necesario, entonces, lanzar a la mesa, desde la educación, una especie de fe de erratas, un desnudamiento de las fracturas y fracasos en la relación con los animales, pero no para cargarle más pesos a la conciencia humana, sino para enriquecer los cimientos de otras realidades posibles.

Conclusión

Cuando el humano asuma a profundidad su propia animalidad, empujado por la extendida crisis ecológica, no podrá evadir su cercanía con aquellas especies a las que no sólo ha despreciado, sino agredido con los más variados métodos. Si bien la ciencia ha hecho de la naturaleza un objeto de conocimiento, un terreno de experimentación, incluyendo a los ANH, nacen oasis cada vez que, al romper el racionalismo a ultranza, algunos científicos y educadores se preguntan sobre el misterio que encierra lo que sueñan los animales, sobre los terrores en los que se desdoblán sus pesadillas, lo que sienten cuando la vida les abre las puertas, las maneras en que rompen la melancolía, cómo interpretan los susurros del viento y del agua, de qué manera interpretan el

tiempo... quizá en las respuestas están algunos trazos sustanciales del giro cultural que propicie construir el significado de la *humanimalidad*.

Recomendaciones para la acción

1. Lea con los estudiantes cuentos, leyendas, fábulas de animales o los bestiarios poéticos (como los que han escrito Juan José Arreola o José Emilio Pacheco, por citar algunos) y preparen una guía de preguntas que generen reflexiones sobre el concepto que tienen de ellos. A partir de estas respuestas podría darse una conclusión que favorezca la empatía hacia éstos.
2. Hacer una lista de los animales que conocen por generación. Esto es, primero el listado lo hacen los estudiantes. Luego agregan los que conocen los padres (sin repetir los que salieron en la primera lista), los padres les cuentan a los hijos cómo eran, dónde vivían y qué se decía de ellos. Después los alumnos preguntan a los abuelos y hacen el mismo procedimiento. Al final, escogen un animal, el que más haya llamado su atención, y lo investigan (sus características, donde habita, qué función tiene en un sitio, cómo se relaciona con los demás animales o plantas), lo dibujan y hacen una presentación del animal, señalando además aquel rasgo que a ellos les gustaría asumir de éste.
3. Hacer un recuento de acciones que los estudiantes hayan realizado para hacer sufrir o para matar a animales no humanos (incluyendo insectos) y hacer una reflexión ética al respecto, enfatizando el papel ecológico que juegan los animales y su derecho a la vida. No es una actividad fácil, por lo que hay que prepararla con antelación para poder argumentar a favor de la vida de los ANH.
4. Organizar la elaboración de historias o cuentos colectivos en los que el docente diga cómo em-

pieza o cómo termina el argumento y los estudiantes lo completen. Desde luego que el producto a elaborar tiene que motivar una reflexión que propicie una comprensión más integral sobre la importancia de los animales en la trama general de la vida.

5. Construir una tabla con dos columnas; en la izquierda se hace una lista de acciones que perjudican a los animales salvajes, domésticos y de producción y en la derecha un listado de aquello que puede hacerse para ayudar a respetar la vida de los animales no humanos.
6. Pedirles a los estudiantes que, como tarea, vean con detenimiento a los ojos a algún animal, preferentemente vivo o en alguna fotografía que encuentren en Internet, y que hagan el esfuerzo por interpretar el o los sentimientos que se reflejan en la mirada de éste.

Lecturas recomendadas

- ACEVES, RAÚL (2018), "Santo animalero, poemas en torno a los animales", *Letras para Volar*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, en: <http://letrasparavolar.org/libros/archivos/poesia/27.pdf>
- ARREOLA, JUAN JOSÉ (2015), *Bestiario*, México, Booket.
- DERRIDA, JACQUES (2008), *El animal que luego estoy si(gui)endo*, Madrid, Trotta.
- GONZÁLEZ VALERIO, MARÍA ANTONIA (coord.) (2021), *Encuentro de animales*, México, Akal/UNAM.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO (2014), *Nuevo álbum de zoología*, Nueva Era. México.
- REGAN, TOM (2016), *En defensa de los derechos de los animales*, México, Fondo de Cultura Económica.